

TÍTULO: Los calcetines

PSEUDÓNIMO: Marpete

Aquella noche era igual que las anteriores y, con plena seguridad, sería parecidísima a la del día siguiente. Todo seguía su orden. Meriendas, deberes, duchas, cenas y a la cama. Así era y así debía ser si quería que su familia fuera tal y como Dios manda. Bien sabía ella que el matrimonio es lo más sagrado y que con las cosas del Señor no se juega. Como cada noche, a esas horas, el silencio reinaba ya en su cocina. Solo quedaba ella levantada, todos los demás se habían retirado, incluso su marido. Los cacharros fregados escurrían en la platera. Antes de apagar la luz, a Charo le gustaba entretenerse mientras recogía la ropa seca de las cuerdas del patio de vecinos. Lo de planchar, al cesto; lo de doblar, al sillón del salón donde se iba a sentar un rato. Charo aprovechaba antes de acostarse para descansar sus huesos después de todo el día de andar trajinado por la casa, acarreado el carro desde el mercado o amagando el lomo mientras planchaba las camisas de su marido.

Podría doblar los calcetines con los ojos cerrados y ni aun así los desemparejaría. Veinte años siendo el alma y la conciencia de su familia le permitían ver sin mirar, escuchar sin oír, saber sin preguntar y llorar sin gemir. Veinte años son siete mil trescientos días, más de cinco mil noches mal dormidas, mil doscientas misas de precepto, cinco hijos y ningún orgasmo, por la gracia de Dios.

Cada noche seguía el mismo ritual. Colocaba a su lado la montaña de calcetines recogidos del tendedero. Con parsimonia hacía su labor, pero siempre con esa templanza del que sabe lo que hace. De uno en uno metía a fondo su mano hasta la punta y después estiraba bien desde el talón. Charo era una auténtica experta enrollando calcetines. Cuando faltara, su familia la echaría de menos, aunque solo fuera en el preciso momento de ir a calzarse por las mañanas. Cada tipo de calcetín requería su técnica, pero ella con todos se empeñaba a conciencia siguiendo las enseñanzas de su confesor: «Es en las pequeñas cosas donde encontramos y amamos a Dios». Por cada par doblado, una jaculatoria ofrecida a la Santísima Virgen que tanto velaba por ella y los suyos. A un lado

los de deporte, al otro los del uniforme del colegio de los pequeños, aparte los ejecutivos de su marido... Los pantys de Cris, la de diecisiete años, ya no los doblaba. Un día lo decidió así. Y, junto con ellos, amontonaba también su ropa interior juvenil haciendo con todo ello un ovillo. Después, dejaba todo eso en el suelo del pasillo, delante de la puerta de su hija mayor.

Le gustaba doblar calcetines al tiempo que veía la tele. Puso el telediario del Canal Internacional de 24 horas. En ese momento, y como cada noche, comenzaron suavemente los golpes en la pared contigua del salón. Era la del tabique del dormitorio de la mayor, su Cris. Ese día, el ritmo del crujir chirriante del somier, inexplicablemente, fue en aumento. De un impulso, Charo cogió el mando de la tele, subió el volumen lo bastante como para solo escuchar al locutor. Entonces, comenzó el ritual emparejando los calcetines. Un par doblado. Y siseó entre dientes: Ave María Purísima. Otro par: Cristo ten piedad... así hasta completar la letanía. La fila de calcetines la fue organizando perfectamente sobre la bandeja de mimbre de la colada. Todos excepto los pantys y la ropa interior de su Cris. Hizo un hatillo con ello y lo colocó aparte sin que tocara el resto de la colada familiar.

El telediario nocturno terminó. Charo apagó la televisión y la luz. Aún se oían susurros al otro lado de la pared. Para ser invisible, se descalzó intentando no hacer ruido por el pasillo. Lentamente se metió en su cama que aún estaba vacía. Las sábanas frías le rozaron. Como por instinto, se tocó el vientre y sintió el sosiego de los últimos cuatro años que habían pasado desde el último embarazo. A la menopausia no debía de quedarle ya mucho, para entonces ya podría dormir tranquila todas las noches. El cansancio le hizo entornar los párpados, pero los cuchicheos seguían y le resonaban como un eco manteniéndola despierta. Nerviosa, revolvió en el cajón de la mesilla y cogió el rosario:

—Jueves, misterios Gozosos. Primer misterio, la anunciación del ángel a nuestra Señora.

Charo se persignó y cerró los ojos. Le vinieron a la cabeza los consejos con los que tantas veces le reconfortaba don Anastasio en el confesionario: «Hija mía, Dios pone las pruebas más difíciles a los escogidos. Ten fe y confía. Y, sobre todo, que lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre».

En la oscuridad y al tacto, juntó sus dedos mientras apretaba las desgastadas cuentas del rosario. El mantra de las avemarías, poco a poco, le fue consolando hasta

encontrar su paz interior. Resignación cristiana para acallar su dignidad humana. Lo importante era saber comportarse como una esposa buena y siempre comprensiva con las debilidades de su marido. Si esa era la voluntad del Señor, quién era ella para desafiarle.